

Reseñas

MARIO OJEDA (compilador), *Las relaciones de México con los países de América Central*, México, El Colegio de México, 1985.

Este pequeño libro, ágil, interesante para todo mexicano, constituye una llamada de atención sobre el franco desconocimiento, entre los diversos sectores de la sociedad mexicana, de los países hermanos, contiguos a la frontera sur. Acostumbrados a mirar hacia el norte, hemos descuidado la importancia política, económica y cultural del sur. Los conflictos que aquejan a la región y los intentos mediadores de México han llamado la atención pública sobre Centroamérica, pero también han puesto de manifiesto, como señalan los centroamericanos que colaboran en el libro, que los mexicanos desconocen la individualidad de cada uno de los países que integran la región, y, por consiguiente, carecen de sensibilidad para actuar ahí. Uno de los autores llega a afirmar que “el mexicano se comporta en Centroamérica como el norteamericano en México: de manera prepotente, arrogante e insensible” (p. 124). Independientemente de que la afirmación anterior sea válida y generalizable, es un hecho fácilmente observable que existen pocos estudios de autores mexicanos sobre los países centroamericanos, como los de Scott, Vernon, Hansen y otros autores norteamericanos sobre México. Naturalmente, hay excepciones, como las de los economistas mexicanos en la CEPAL, que estudiaron la integración centroamericana hace ya más de 20 años.

El panorama de las relaciones políticas y comerciales no es muy alentador. Salvo excepciones, los contactos no han sido sistemáticos ni han obedecido a una política diseñada especialmente para cada uno de los países. Las explicaciones de este desconocimiento son muchas, no todas imputables a los mexicanos. La inestabilidad política, el éxodo de políticos, escritores y artistas a México, entre otras circunstancias, no han favorecido los intercambios diplomáticos ni los culturales, y sólo en casos contados los económicos y los comerciales. Además, las deficientes comunicaciones terrestres y marítimas continúan siendo un obstáculo adicional a un flujo más intenso en ambos sentidos.

Desde el punto de vista mexicano, la razón principal de este desconocimiento respecto a Centroamérica es que México “estaba concentrado en promover su desarrollo interno y, en consecuencia, consideraba que involucrarse en problemas externos era distraerse de su esfuerzo interno” (p. 12), como lo explica, con claridad y ponderación, el internacionalista Mario Ojeda en su trabajo sobre el ascenso de México a “protagonista regional”. Además, desarrolla otras tesis básicas de suma importancia:

por su grado de desarrollo económico, México se ha visto en la obligación de asumir un papel más activo en el mundo contemporáneo; el país no tenía ni tradición, ni experiencia de acción política en el extranjero; el desempeño de un papel más activo en el ámbito internacional ha implicado desviaciones de la política exterior tradicional, especialmente con Nicaragua (1979) y El Salvador (1981).

Con el cambio de gobierno en 1982, se produjo una modificación “de estilo hacia una diplomacia activa, pero discreta”, sin que desapareciera parte de la “festinación” de la política exterior destinada al consumo interno, con objeto de “contrarrestar la imagen de un país en crisis, sujeto a las directivas del FMI y de la banca internacional” (p. 32). Pero, además del cambio de estilo, el autor considera que hubo un cambio “de enfoque y de táctica”, ya que en la política centroamericana se puso énfasis en el aspecto multilateral, “rompiéndose la antigua práctica de no asociación y de no proselitismo”, y por otra parte México asumió un papel de “mediador activo”, en lugar de ser “simple comunicador”. Estos cambios se manifestaron en la creación del Grupo Contadora, cuya génesis se describe y su actuación se comenta: “La posición mexicana se fue atemperando con el tiempo, en la medida en que Contadora transitaba también hacia una postura más pragmática y menos ideológica” (p. 35). En suma, el artículo de Mario Ojeda muestra con equilibrio y precisión “*el alcance y límites*” del papel de México como potencia regional emergente, y se subraya alcance y límites porque los análisis del profesor Ojeda en este trabajo, como en muchos otros, se han caracterizado por su ponderación cuidadosa y fría de los hechos, sin la cual la política se convierte en retórica.

En el segundo artículo del libro, “La seguridad nacional y la soberanía mexicana entre Estados Unidos y América Central”, del profesor Sergio Aguayo, predomina la retórica sobre el análisis académico. El lector podría esperar una discusión teórica sobre el concepto de seguridad nacional, tal y como la anuncia el autor en el primer párrafo. Desgraciadamente no es el caso, ya que predomina una preocupación por defender “principios” y posiciones políticas, ambos respetables, pero que desvirtúan el análisis académico.

El autor acepta que existe consenso en que toda definición de seguridad nacional “incluye por lo menos la defensa de la integridad territorial, de la soberanía y *del orden establecido*”, y menciona las ideas de algunos norteamericanos sobre lo que debe ser la seguridad nacional en México, con la propuesta de “descarnar (?) su andamiaje lógico”. Supongo que por “descarnar” debe entenderse desmontar la estructura del razonamiento norteamericano, pero el autor no lo logra. Por otra parte, al discutir las definiciones de seguridad nacional que han formulado altos funcionarios del gobierno mexicano actual (omite la del Secretario de Relaciones Exteriores), acepta sin discusión las propuestas sobre defensa de la integridad territorial y la soberanía, pero por razones que no se explican más que por una posición partidista, pone en duda el derecho y *la obligación* del Estado mexicano de mantener el orden interno, ya que “lo que puede y debe someterse a discusión es el supuesto implícito de

que el actual sistema político representa legítimamente los intereses de toda la nación” (p. 47).

Las actitudes y posiciones asumidas previamente desembocan en afirmaciones sorprendentes, sin fundamento, como las siguientes:

[. . .] parecería ilógico un retroceso de la política mexicana (hacia Centroamérica) cuando resulta cada vez más evidente que Reagan *no* tiene consenso en Estados Unidos, y que sólo el tiempo puede aclarar el espacio político real (no retórico) (?) en que se mueve Reagan (p. 60).

Y otra, aún más extraña y sorprendente:

La lucha por la paz que libra esta política exterior progresista no sólo busca reducir los efectos de la guerra en México sino que *es causa y efecto* (sic) del actual sistema político. Reduciendo el argumento al máximo, acabar con la política exterior implica transformar al sistema. De ahí que sea prematuro pensar en el funeral para esa política. Que así es como el régimen actual entiende la seguridad nacional (al menos en el nivel de los pronunciamientos generales), resulta evidente en el artículo del presidente De la Madrid en *Foreign Affairs* (p. 60).

Para concluir el trabajo, el autor formula dos deseos:

1) “La mejor definición de seguridad nacional debería partir de un hecho: son indispensables reformas económicas y políticas que, dentro del marco de la legalidad, corrijan injusticias evidentes.” No debe haber mexicano que esté en contra de este buen deseo.

2) La seguridad nacional de México debe apoyarse en la verdadera estabilidad, en aquella que trasciende crisis económicas y guerras en la frontera: en políticas que tengan como puntos de referencia la resolución de los grandes problemas económicos de las mayorías y el respeto y profundización de su ejercicio democrático” (p. 73). Sería conveniente saber cómo se “trascienden” crisis económicas y guerras en la frontera.

Los trabajos restantes se refieren a las relaciones de México con Costa Rica, El Salvador, Honduras y Nicaragua (lamentablemente, no se contó con un trabajo sobre Guatemala), en su mayoría escritos por ciudadanos de esos países. Los cuatro trabajos revisten un gran interés, porque permiten a los mexicanos saber cómo nos ven desde el sur. Podría decirse, incluso, que resultan apasionantes, porque acostumbrados a los estereotipos sobre México que circulan en Estados Unidos o Europa (país de sol, siestas y sombreros), aparecemos, desde la perspectiva sureña, como un coloso del norte.

Costa Rica, que se consideraba “la niña bonita de México”, se queja del abandono mexicano en favor de Nicaragua, como señaló el ex canciller costarricense Volio Jiménez. La inclusión de esta anécdota no merma en nada la calidad académica del trabajo, que presenta una buena síntesis de las relaciones entre los dos países y de la evolución de la economía y la política costarricense, y hace una observación fundamental: “[. . .] no existe una política mexicana especial hacia Costa Rica. La política exterior mexicana se dirige

de manera global hacia Centroamérica. . . (p. 76).” Para el autor, José Antonio Hernández García, “la activación de la política exterior mexicana hacia el área centroamericana, la agudización de los conflictos internos en algunos países de la región, como Guatemala y El Salvador, y la profundización del proceso revolucionario en Nicaragua, han delineado un nuevo perfil de las relaciones entre los dos estados” (p. 75). La creación del Grupo de Contadora no fue del agrado de Costa Rica, ya que, en opinión del autor, fue una respuesta a la realización de un Foro para la Paz y la Democracia que se llevó a cabo en San José, en octubre de 1982, por lo cual “el gobierno costarricense ha mostrado siempre un gran pesimismo hacia la gestión de Contadora, y preferencia por la organización regional interamericana” (p. 87), y aunque ambos gobiernos desean una solución política a los conflictos del área, divergen en cuanto a los medios para alcanzarla. Esta divergencia ha deteriorado la relación política.

El Salvador es el país centroamericano que más agravios recibió de México en los primeros años del decenio actual. Sin embargo, Manuel Chavarría, autor del artículo sobre las relaciones entre los dos países, aborda el tema con delicadeza, concretándose a señalar los hechos ocurridos a partir de la muerte de un periodista mexicano en 1980, y la desafortunada declaración franco-mexicana de agosto de 1981 que reconoció la alianza entre el Frente Democrático Revolucionario (FDR) y el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) como “una fuerza política representativa, dispuesta a asumir las obligaciones y ejercer los derechos que de ello se derivan”. Además, los gobiernos de Francia y México se permitieron preconizar una reestructuración de las fuerzas armadas salvadoreñas y “la creación de condiciones necesarias para el respeto de la voluntad popular, expresada mediante elecciones auténticamente libres y otros mecanismos propios de un sistema democrático”. (En México, molestó la actitud de la prensa norteamericana que siguió muy de cerca el proceso electoral durante las elecciones federales de 1985, principalmente en los estados del norte de la república.)

Esta intromisión franco-mexicana en los asuntos internos de El Salvador desembocó en “cierto grado de aislamiento hemisférico” de México, ya que el hecho de haber expedido el comunicado “con una potencia extracontinental (fue) algo especialmente ofensivo para la tradición interamericana”. Posteriormente, en marzo de 1982, “México había solicitado, junto con otros seis países, que se aplazaran los comicios” en El Salvador, y el canciller Castañeda declaró que las elecciones estaban condenadas al fracaso. Otro punto de fricción lo constituye el hecho de que la coalición salvadoreña Frente Democrático Revolucionario y Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional tienen oficinas en México, y se les han otorgado facilidades diversas.

Todo ello hace que algunos personajes de la vida política salvadoreña guarden rencores hacia México, principalmente “derivados de la declaración franco-mexicana”, rencores que “no han perdido fuerza ni actualidad” (p. 112). Pero más delicada aún es la observación siguiente, similar a la formulada en el artículo anterior sobre las relaciones con Costa Rica:

México parece no tener una política exterior concreta hacia El Salvador. Fuera del convenio petrolero de San José y las gestiones de Contadora, en los que El Salvador engarza bajo un esquema multilateral, la relación política bilateral se ha dejado caer en un vacío oficial. Lo mismo puede decirse del gobierno salvadoreño con respecto a México. . . La ausencia de una política mexicana concreta parece deberse a un error de cálculo. Obviamente, se pensaba que la experiencia de Nicaragua —un triunfo relativamente rápido de la revolución y un amplio apoyo internacional a ella— se repetiría. *El problema no ha sido tanto trabajar sobre una hipótesis errónea, sino más bien no tener una hipótesis alternativa* (p. 114, las cursivas son nuestras).

Por último, el autor reconoce que a partir de junio de 1984 México ha hecho un “aparente” intento de normalizar sus relaciones con El Salvador, y considera que para lograrlo hace falta que se definan los objetivos de las relaciones bilaterales y exista “perseverancia” para alcanzarlos.

El ensayo de Rodolfo Pastor sobre las relaciones entre Honduras y México constituye uno de los más sugerentes del volumen, porque abarca tanto los aspectos sociales, económicos y políticos de las relaciones entre los dos países, como las afinidades y diferencias culturales: “Honduras y México tienen mucho en común: tanto que los denominadores comunes oscurecen frecuentemente sus diferencias. . . Honduras y México *comparten de distinta manera esos modos de ser*” (p. 117, subrayado añadido). El autor, historiador de profesión, formula una observación importante para explicar la afirmación anterior: “México es una nación fundada por juristas y misioneros en el territorio de un antiguo imperio. Honduras es una república cimentada sobre una colonia de aventureros, herejes y cimarrones en donde nunca hubo, antes del español, un gobierno unificado o un control estatal, y cuya cultura política rechaza, junto con el autoritarismo, muchos de los valores propios del patriotismo civilizado” (p. 128). Para el autor, los conflictos centroamericanos han provocado un distanciamiento entre los dos países, ya que poseen perspectivas distintas: mientras que México se preocupa básicamente por la paz internacional, Honduras se interesa más por “la autodeterminación de los pueblos hermanos frente a sus propios gobiernos, y no le angustia mucho la tradicional influencia estadounidense”. Honduras, añade Pastor, “convive con tres vecinos armados hasta los dientes, dos de ellos reñidos entre sí e inmersos en guerras civiles”, mientras que México no tiene por qué preocuparse por la guerra, ya que “es demasiado débil frente a Estados Unidos y demasiado poderoso para Guatemala”.

En los artículos anteriores, se insinúa una crítica a la apuesta mexicana sobre Nicaragua, que obviamente no comparten ni Costa Rica, ni El Salvador, y tampoco Honduras. Rodolfo Pastor no la insinúa sino que la plantea claramente, con una crudeza que no será del agrado de muchos, pero que debe escucharse porque muestra el punto de vista de un país que tiene conflictos serios con su vecino:

Para México, Nicaragua es una protegida y la revolución sandinista es la hija consentida en quien ha invertido recursos y esperanzas, y en la que quiere ver —dígase lo que se diga— una emulación y una confirmación de la revolución mexi-

cana que, en última instancia, sigue siendo la justificación histórica del actual régimen mexicano (p. 120).

Para Honduras, en cambio, Nicaragua es un vecino con el que ha tenido media docena de guerras en el siglo y comparte jurisdicción estatal sobre La Mosquita. El punto más importante, desde la perspectiva hondureña, es que “gradualmente ha resultado obvio el hecho de que el régimen sandinista se ha convertido en el principal alentador y proveedor de la lucha guerrillera radical en Centroamérica” (p. 120). Según el autor, “varios presuntos líderes de la fantasmagórica guerrilla hondureña viven hoy aislados y protegidos en Nicaragua”.

El señalamiento más delicado y que merece una profunda consideración, porque compromete las relaciones de México con cuatro de los cinco países centroamericanos, es el siguiente:

Pese a su neutralidad formal, México ha buscado afianzar la posición del gobierno de Managua y de la oposición armada en El Salvador. Honduras, en cambio, ha proseguido —con sus aliados naturales— una política de contención de la revolución nicaragüense y de colaboración para neutralizar la guerrilla en El Salvador (p. 121).

El autor reconoce que cada una de esas políticas ha sido consecuente con el interés nacional de cada país, pero no piensa que esas contradicciones sean insuperables, ya que considera que a ninguno de los dos países les favorecería un triunfo guerrillero en El Salvador o Guatemala, y a ambos, “quizá más que a nadie a Honduras, les conviene una solución negociada en Nicaragua que desemboque en una apertura política y un desarrollo democrático integradores y estabilizadores de la región” (p. 124).

Finalmente, el autor estima que existen signos positivos de que la relación entre México y Honduras ha mejorado, y preconiza, con justa razón, que se intensifiquen las relaciones culturales, ya que son muchos los estudiantes centroamericanos que han estudiado y estudian en México, lo que les permite una mejor comprensión de nuestro país. En cambio, añade, son pocos los mexicanos que “pueden entender realmente la información que les llega de Centroamérica en general y en particular acerca de Honduras” (p. 129). La conclusión del artículo debe ser el inicio de una reflexión:

Una buena relación de colaboración con México podría ayudar a la diplomacia hondureña a ensanchar la autonomía posible y a fincar, en el nicho abierto por las contradicciones entre los intereses de las potencias, una política de auténtica independencia, única alternativa capaz de resolver su triste dilema actual. Honduras estaría entonces en capacidad de establecer, junto con Costa Rica, un campo magnético que estabilizaría la volátil situación centroamericana.

El último ensayo del libro, de René Herrera, aborda el tema de las relaciones entre Nicaragua y México bajo una doble óptica que resulta ilustrativa:

la del proceso interno del movimiento sandinista, y las luchas internas entre las diversas facciones, grupos y tendencias. Por otra parte, analiza el contexto internacional y la presencia o injerencia de Cuba, la Internacional Socialista, la Democracia Cristiana. En este marco se inserta la política de México y la de Estados Unidos hacia Nicaragua, y el análisis resulta sumamente esclarecedor, no sólo para los mexicanos sino para otros centroamericanos, ya que permitirá comprender los objetivos de la política exterior de México, lo cual puede contribuir a matizar algunas opiniones y posiciones. El autor describe con gran claridad la intrincada maraña de intereses en juego, y proporciona una sumaria pero completa visión del proceso, sin perderse en los detalles, todo ello con gran ponderación y ecuanimidad. A grandes rasgos, el proceso fue el siguiente: en mayo de 1979, se unificaron las tres tendencias del sandinismo bajo el patrocinio cubano. Los sectores políticos opositores (civiles) aceptaron la posibilidad de celebrar alianzas con el sandinismo, confiando en que "el padrino latinoamericano que sustituía el abandono e indecisión del viejo patrocinio norteamericano, era suficiente garantía para que la revolución conservara, en caso de triunfar, su rumbo plural y nacionalista" (p. 134).

Importa destacar que diversas organizaciones políticas internacionales, como la Democracia Cristiana y la Internacional Socialista, además de varios países latinoamericanos (no solamente México), trataron de evitar que la revolución sandinista se radicalizara, "y por ello la reconocieron antes de que triunfara". En 1980, añade el autor, empezaron a notarse las diferencias entre el proceso nicaragüense real, y lo que esperaban de él los gobiernos y sociedades geográficamente vecinas y políticamente cercanas: Costa Rica y Honduras por un lado, México y Venezuela por otro.

Internamente, la revolución sandinista empezaba a ver que necesitaba un conflicto con el imperialismo que sustituyera la pugna entre las fuerzas sandinistas, o al menos la atrasara (p. 139). En esta forma, se genera un proceso de radicalización que aprovecha Estados Unidos, con el apoyo de la oposición interna nicaragüense desplazada y de los países vecinos, desconcertados y temerosos por ese proceso de radicalización. Los países latinoamericanos se esfuerzan entonces por encontrar una salida política interna y un entendimiento entre Nicaragua y Estados Unidos, esfuerzo que desembocó en la creación del Grupo Contadora. En forma abierta algunos, y otros discretamente (como México), los países trataron de influir en que los sandinistas moderados retomaran la iniciativa (p. 148). Para concluir, el autor considera que las relaciones de México con los sandinistas lo han colocado "en una difícil posición frente al resto de los países de la zona, que han acumulado resentimientos quizá permanentes" (p. 151).

Las líneas anteriores y el resto del libro fueron escritos en los primeros meses de 1985. En el lapso transcurrido, las posiciones de los actores se han radicalizado y las posibilidades de un conflicto abierto han aumentado. El presidente Ronald Reagan, al día siguiente de la entrevista celebrada con el presidente De la Madrid (3 de enero de 1986), declaró que existían diferencias de enfoque y que continuaría ayudando "a todos aquellos que luchan por la

libertad y la democracia en Nicaragua". El año se inició con sombrías perspectivas para la paz en la región, por lo que se requerirá un esfuerzo redoblado para que las partes se inclinen por la negociación, en lugar del conflicto. Ni la tarea es fácil, ni el papel de México sencillo, ya que habrá que restañar heridas, eliminar malos entendidos y disipar desconfianzas. Más que sacar una conclusión de la lectura del libro, éste constituye un punto de partida para una reflexión sobre el futuro de las relaciones de México con los países centroamericanos; se debería comenzar por un mayor y mejor conocimiento de sus particularidades y de sus diferencias.

CARLOS ARRIOLA

GRAHAM GREENE, *El general*, México, Fondo de Cultura Económica (Colección Popular), 1985.

Como resultado de los azares que en la vida acercan a dos seres humanos, el general Omar Torrijos, hombre fuerte de Panamá, negociador del Tratado del Canal y firmante del mismo con el presidente Carter, encontró afinidades con Graham Greene, escritor inglés con gran sensibilidad a los problemas latinoamericanos que se refleja en sus novelas, *El cónsul honorario*, *El poder y la gloria* y muchas otras. Producto de esas afinidades, cuyo origen no se explica, Graham Greene escribió *El general* centrado en la narración de los contactos que tuvieron lugar entre los dos durante el periodo 1976-1980. Durante ese lapso, a invitación de Torrijos, pasó varias veces por Panamá, recorrió el país, conversó con el general, visitó a algunos de sus amigos —como George Price en Belice, los dirigentes sandinistas antes y después del triunfo contra Somoza— y se familiarizó con la problemática centroamericana. A partir de estas experiencias, Greene consigue articular un texto muy personal, reflejo de sus reflexiones durante sus visitas a Panamá.

Su punto de partida es la respuesta a la pregunta: ¿por qué puede un hombre como Greene estar interesado en lo que ocurre en América Latina? El autor contesta en la página 13: "Tal vez la respuesta radique en esto: en esos países, la política nunca ha consistido en una mera rotación de partidos electorales enemigos, sino en un asunto de vida o muerte." A partir de esta afirmación de principio, su compromiso, deseo de entender y clarividencia respecto de lo que va a ser testigo, se hacen evidentes.

El libro está organizado en función de los cinco viajes que realizó Greene a Panamá. El primer capítulo, referido a 1976, muestra el proceso de negociación del tratado que emprendió Torrijos y la ansiedad que provocaba la posición norteamericana. Se ve a Torrijos buscando apoyos en Venezuela, Colombia y Perú, y revelando una personalidad llena de inquietudes que sorprenden a Greene por su complejidad y sensibilidad. Aparece y se inserta en el relato Chuchú, sargento de la Guardia Nacional de Panamá, "guarura" de Torrijos y profesor de matemáticas y filosofía, pero también defensor leal del general.

Lo más sobresaliente del segundo capítulo, que cubre el viaje de 1977, es la descripción de la ceremonia de la firma del tratado en Washington. Greene, junto a Gabriel García Márquez, asistió a la ceremonia como miembro de la delegación oficial de Panamá. Su caracterización de los generales Videla, Pinochet y Stroessner, asistentes a dicha ceremonia, es un documento inolvidable por su penetrante estilo, capaz de ver más allá de las apariencias. Más adelante, de su viaje de 1978, Greene destaca contactos con los sandinistas y con los líderes de la guerrilla salvadoreña. Sus observaciones son aquí premonitorias, y lo son más en el capítulo siguiente, alusivo al viaje a Managua, donde observó las tensiones derivadas de lo que llama "las vanidades heridas al término de la guerra civil", especialmente las del comandante Edén Pastora y del arzobispo Obando. Pero también es observador sutil de las divisiones que existían, en ese momento, entre los partidarios "burgueses" del movimiento sandinista, especialmente la familia Chamorro. El último viaje, después de la muerte de Torrijos en un accidente aéreo, narra el encuentro de Greene con el general Paredes, sucesor de su amigo Omar, quien en un gesto enigmático lo envió a Managua y a Cuba, donde se encontró con Fidel Castro. Este último periplo de Greene, como representante simbólico de Omar Torrijos, revela hasta qué punto los dirigentes panameños, nicaragüenses y cubanos podían considerarlo, como él dice, "un mensaje" sin nada que transmitir. Greene puede así transitar y conocer lo que está en juego en Centroamérica desde un lugar central, y así ser fiel intérprete de lo que estaba ocurriendo.

Este es el valor del libro. Greene, sin hacerlo explícito, pero pensando en proyectar esa imagen, convierte un relato personal en un testimonio de impacto político. La fisonomía que adquiere la crisis centroamericana, la descripción de las tensiones entre los países, la penetrante observación de los líderes de los movimientos revolucionarios (Cayetano, Borje, Ortega y su esposa Rosario, Fidel Castro, George Price, uno de los lugartenientes del líder de Granada, Maurice Bishop), y el interés del autor por lo que está ocurriendo, lo convierten en parte del escenario. Greene lo dice en la página 192: "Seguramente muchos norteamericanos pensarían que yo estaba siendo usado, pero esto no me preocupaba en lo más mínimo. También podían decir que había sido usado en Cuba en 1958, cuando llevé ropas abrigadoras para los hombres de Castro en la Sierra Maestra y cuando logré interrogar al gobierno conservador en la Cámara de los Comunes, a través de un amigo irlandés miembro del parlamento, acerca de la venta de aviones viejos a Batista. Pero no me arrepentí de nada. Nunca he vacilado en que me usen para una causa en la que creo, incluso cuando mi postura sea simplemente la de apoyar el menor de los males." Seguramente, tampoco le importará que ahora algunos piensen que *El general* puede ser "usado" para comprender mejor lo que ocurre en Centroamérica. Pues, efectivamente, es una excelente lección, que debemos agradecer a Greene.

Generales para la Paz y el Desarme, *La carrera armamentista hacia Armagedón: un desafío a la estrategia Estados Unidos/OTAN*, México, Siglo XXI, 1985.

La certeza de que la humanidad no podría sobrevivir a las consecuencias de una guerra nuclear, y de que quienes defienden la noción de una guerra nuclear "limitada" actúan irresponsablemente, ha impulsado el movimiento pacifista internacional. Baste mencionar el Llamado de los científicos soviéticos a todos los científicos del mundo sobre el peligro de una guerra nuclear (1983), la Carta de los obispos norteamericanos sobre la inmoralidad de una guerra nuclear (1983) o la Declaración de Nueva Delhi (1985).

El fenómeno ha tenido un alcance mundial: en 1978, se llevó a cabo en Nueva York la Primera Reunión Especial sobre Desarme de la Asamblea General de las Naciones Unidas, que denunció el peligro derivado del desarrollo cualitativo y cuantitativo de las armas nucleares, y del cambio doctrinal que pretende que una guerra nuclear puede librarse y ganarse. Una segunda reunión especial tuvo lugar en Ginebra, del 7 de junio al 9 de julio de 1982, a raíz de la cual los miembros de las Naciones Unidas decidieron emprender, por unanimidad, una campaña mundial de desarme para fomentar el interés y el apoyo al desarme en la opinión pública mundial.

La carrera armamentista hacia Armagedón respalda esta campaña de divulgación de información no prejuiciada y de los objetivos de las Naciones Unidas en la esfera del desarme. Desde su constitución, en 1981, el Grupo de Generales para la Paz y el Desarme ha dado a conocer los peligros inherentes a la continuación de la carrera armamentista, además de participar en la Segunda Reunión Especial sobre Desarme con los planteamientos que forman el segundo apéndice del libro. Sin embargo, la acción del Grupo ha ido más lejos: convencido de que el diálogo propicia el entendimiento, y de que éste disminuye la amenaza del holocausto nuclear, promovió una reunión de ex generales de la OTAN y del Pacto de Varsovia, realizada en Viena del 15 al 18 de mayo de 1984. La declaración final de esta junta se incluye en el primer apéndice del libro. Esta obra es un esfuerzo por denunciar, desde un punto de vista estratégico, político, jurídico y moral, la "política de enfrentamiento" norteamericana, y es también un intento por encontrar un camino alternativo al belicismo de la política militar de la alianza occidental, que amenaza la seguridad europea e internacional.

El libro consta de cinco capítulos. El primero explica la actitud pacifista del Grupo. Aunque a primera vista resulta paradójico que antiguos generales y almirantes de la OTAN desafíen la política estratégica de sus países respectivos y de la alianza militar para la que trabajaron toda su vida, en realidad es una muestra del peligro que encierra lo que Georges Kennan ha llamado "la terrible militarización del pensamiento [. . .]: el tipo de obsesión que obliga a quienes han caído presa de ella a centrar toda su atención en las [. . .] eventualidades de un conflicto militar, y a ignorar [. . .] las alentadoras posibilidades de dialogar para alcanzar un equilibrio". Los miembros del Grupo explican su actitud en favor del desarme en razón de su experiencia como mi-

litares profesionales en puestos de alto mando, y como resultado de su sentido de responsabilidad hacia la humanidad (p. 15). Ese papel responsable del Grupo se manifiesta en su rechazo de cualquier política que aumente el peligro de una guerra atómica (p. 28). En opinión del Grupo, el servicio militar consiste, antes que nada, en servir a la paz (p. 32).

En el segundo y tercer capítulos, se hace un análisis detallado, congruente, serio y extremadamente crítico de la política militar belicista del gobierno de Ronald Reagan, que impide un relajamiento de la tensión internacional e intensifica el conflicto. Destaquemos algunos puntos de la argumentación: por principio, el llamado del presidente norteamericano a una "cruzada contra el comunismo" sería un abierto programa de intervención en los asuntos internos de otros países, amén de que los métodos de su aplicación —propaganda, presiones sobre el movimiento pacifista, guerra psicológica y de guerrillas contra gobiernos legalmente establecidos, etc.— desprecia el principio democrático de respetar la pluralidad de puntos de vista, y genera inestabilidad tanto en el país atacado como en el agresor. En estos capítulos se denuncia la manipulación de la información por parte de aquellos que invocan un "desequilibrio" nuclear a favor de la Unión Soviética. Esta manipulación consiste en seleccionar, para la comparación, armamentos en los que la Unión Soviética es numéricamente superior, sin considerar aquellos sectores en los que es inferior. El enfoque militar belicista ignora la comparación cualitativa, generalmente favorable a Estados Unidos, así como la comparación entre los recursos de la OTAN y los de los países del Pacto de Varsovia, que por mucho favorece a la alianza occidental. Quizá lo que más preocupa a los miembros de Generales para la Paz sea la difusión irresponsable de la imagen de la Unión Soviética como nación por naturaleza expansionista, terrorista y oportunista, encarnación de las fuerzas del mal y sospechosa por definición (p. 52).

El Grupo cree que la amenaza real para Europa proviene más de los misiles nucleares norteamericanos emplazados en el territorio europeo que de la Unión Soviética: aduce que la OTAN es una alianza de defensa y no de enfrentamiento, como parece entender actualmente el gobierno norteamericano, y señala que, para Estados Unidos, el potencial militar desplegado en Europa ha dejado de ser recurso de disuasión para convertirse en medio ofensivo, y Europa sería la zona de combate (p. 108).

Por ende, en aras de la seguridad europea y de la del mundo, es necesario aplicar una política militar al servicio de la paz y el desarme. Es el tema que abordan los dos últimos capítulos del libro. El Grupo considera que es preciso conceder prioridad a los instrumentos políticos sobre los militares en la resolución de los conflictos, que es posible y necesario renunciar definitivamente a la defensa nuclear europea, y, por encima de todo, que es vital adoptar medidas para crear confianza entre ambos bloques. Dada la tecnología militar, los autores reafirman la validez de la idea de que no existe posibilidad alguna de victoria en una guerra nuclear (pp. 135 y 160). Con base en su gran experiencia, los miembros del Grupo afirman tajantemente que es imposible cambiar

la disuasión mutua por una disuasión unilateral y una superioridad estratégica, tal como pretende el presidente norteamericano.

Podría objetarse que en la obra subsiste una asimetría fundamental entre la crítica que se hace de la política norteamericana y la casi inexistente en lo que se refiere a la Unión Soviética. En efecto, quien llama al diálogo a las dos partes responsables de la situación mundial, no puede denunciar la culpabilidad de la primera e ignorar la de la segunda. Un juicio equitativo exigiría ponderar las acciones de una y otra. En realidad, este libro es el primero de dos. Si critica al bloque occidental, también reconoce que el desarme es una exigencia para ambas partes, y que sólo podrá ser resultado de acciones e iniciativas de ambas superpotencias: la supervivencia del planeta depende "de una mutua moderación, agudeza política y cautela militar" (p. 145).

Si bien una voluntad política en este sentido no ha caracterizado al presidente Reagan, las pláticas de Ginebra en noviembre del año pasado y el compromiso ahí adquirido de que Gorbachov iría a Washington en 1986 y Reagan a Moscú en 1987, pueden dar lugar a un moderado optimismo. Esta normalización de los contactos en el más alto nivel era tanto una antigua petición de Europa Occidental como una demanda en aumento de los grupos pacifistas norteamericanos, europeos y del resto del mundo, por lo que no puede desentrañarse con claridad a qué responde directamente el cambio en la actitud del presidente de Estados Unidos. Puede asegurarse sin embargo, que a ello contribuyó la presión de una opinión pública menos manipulable de lo que parecía.

Por otra parte, aunque el Grupo insiste en que la guerra nuclear en Europa es demasiado importante como para decidirse fuera del continente (p. 108), y aduce que los europeos, no los norteamericanos, debieran ser el elemento dominante de la alianza occidental, no es obvio que, si las superpotencias llegaran a un acuerdo sobre desarme, los países europeos en conjunto decidieran desnuclearizar el continente. Los gobiernos actuales de Francia y Gran Bretaña han preferido reafirmar la senda nuclear, independientemente de que una política de defensa nuclear europea sea hoy posible, estratégica y políticamente. La confianza del Grupo en el sentido de que el desencanto europeo respecto del liderazgo estadounidense influya decisivamente en el desarme nuclear de Europa, es quizá demasiado optimista.

De cualquier manera, resulta significativo que quienes proclaman tan abiertamente su protesta contra el armamentismo nuclear sean militares expertos. *La carrera armamentista hacia Armagedón* ofrece la visión madura de un grupo que exige una actitud más responsable de gobiernos, fuerzas armadas y sociedades. Las observaciones cuidadosas y bien fundamentadas de los autores permiten al lector obtener una idea más completa de los problemas relativos al desarme. Una reflexión basada en esos instrumentos es, quizá, el primer paso hacia una seguridad internacional genuina.

TATSURO UCHINO, *Japan's Postwar Economy: An Insider's View of Its History and Its Future*, Nueva York, Kodansha International, 1983.

Pocos países en la historia —quizá ninguno— han tenido el crecimiento económico que conoció Japón después de la Segunda Guerra Mundial. De un país prácticamente destruido, Japón se convirtió en la tercera economía del mundo. Tatsuro Uchino intenta darnos “una visión de la historia y del futuro” de su país. Según el autor, la década de los ochenta es una buena época para escribir un libro de esta naturaleza: Japón ha dejado atrás el crecimiento acelerado donde sólo el futuro importaba, para entrar en una etapa en la que se puede reflexionar sobre el pasado y examinar el impacto que han tenido, y tendrán, las políticas económicas por las que se optó. Uchino pretende ser objetivo y neutral, aunque en más de una ocasión no deja de tomar partido abiertamente, y en otras parece estar haciendo propaganda: por un lado, trata de convencer a los japoneses de la necesidad de adoptar una postura internacional acorde con su poderío económico; por otro, intenta convencer a los extranjeros de los esfuerzos de Japón por ser justo y asumir sus responsabilidades internacionales. Con todo, el libro de Uchino hace una coherente descripción de la evolución de la economía japonesa.

Japón sale de la guerra con 119 ciudades importantes en ruinas, y 34% de la maquinaria industrial, 81% de los barcos y 25% de los bienes de consumo destruidos. Pero el fin de la guerra es también el inicio de una nueva era que permite erradicar viejos vicios. Hasta 1951, Japón es, técnicamente, un país ocupado, y en los primeros años de la posguerra el centro real de poder son las tropas de ocupación. Para Estados Unidos es indispensable romper con las estructuras oligárquicas japonesas y democratizar la política y la economía. En un principio, Estados Unidos tiene la idea de volver a Japón un país básicamente agrícola, y exigir un alto pago de reparaciones, pero la situación internacional obliga a un cambio de planes.

Terminada la guerra hay escasez y caos reflejados en hiperinflación. Por un lado, las autoridades japonesas centralizan la toma de decisiones en busca de una mayor coordinación, por otro, procuran actuar sobre la demanda y la oferta. Para deprimir la demanda, el Estado busca controlar su déficit: crea un impuesto progresivo a la propiedad y deja de pagar indemnizaciones a empresas privadas; aplica controles en el sector bancario, congela los depósitos e incluso incauta cuentas bancarias de especuladores. Del lado de la oferta se racionalizan las cadenas comerciales y se importan bienes escasos, con la ayuda de Estados Unidos. Se pone en práctica una política de aumentos salariales en función de los aumentos de productividad, para evitar presiones inflacionarias sin anular el poder de compra de los obreros. Además, se fomentan las exportaciones. Pero las autoridades tienen poco éxito, porque de hecho no hay acuerdo sobre las políticas por seguir. Se suceden gabinetes, y cada uno llega con ideas nuevas. La inflación sigue siendo alta, y el crecimiento de la economía, limitado y desorganizado. Cuando la situación llega a un punto crítico

y ningún remedio parece apropiado, estalla la Guerra de Corea: el primer *boom* ha comenzado.

La Guerra de Corea fue un gran negocio para Japón: su economía experimentó una expansión sin precedentes, creció el comercio y hubo un acercamiento a Estados Unidos. El crecimiento se logró, en un principio, utilizando al máximo la vieja planta industrial, pero ésta se saturó rápidamente y tuvo grandes rezagos tecnológicos. Fue necesario entonces crear una nueva planta moderna y capaz de competir en los mercados mundiales. El gobierno decidió apoyar la industria privada, la eximió del pago de algunos impuestos y alentó la adopción de nuevas tecnologías. Decidió, además, movilizar capital, creando fondos de inversión.

El *boom* de la Guerra de Corea permite la expansión de la industria pesada (acero y carbón principalmente). Aparecen las primeras fábricas de automóviles, fibras sintéticas y máquinas industriales y eléctricas; a base de la importación de tecnología occidental, se empieza a desarrollar una tecnología propia. Por otro lado, durante este periodo se resuelve la ocupación de Japón, con la firma del Tratado de San Francisco en 1951, y se llega a un acuerdo sobre el pago de reparaciones. El crecimiento económico durante la Guerra de Corea viene aparejado de un crecimiento en el consumo per cápita. Así, el nuevo Japón logra combinar uno de los mayores mercados internos con una floreciente industria de exportación. Pero la Guerra de Corea tiene también efectos negativos. La demanda artificial a raíz de la guerra desequilibra la economía japonesa, y, una vez terminado el conflicto, la deja en estancamiento; hay crisis en la balanza de pagos. En 1953 Japón recibe su primer préstamo del FMI y aplica políticas de estabilización. La secuencia *boom*-deflación será típica de la economía japonesa, pero con una peculiaridad: el *boom* tenderá a ser mayor de lo previsto y el estancamiento, menor. El Estado controlará su gasto para evitar el sobrecalentamiento de la economía.

Favorecido por el precio bajo del petróleo, el país inicia una rápida industrialización centrada en la industria básica y en el desarrollo de bienes de consumo como el automóvil y los aparatos eléctricos. Bajo la dirección del MITI, órgano gubernamental de planeación, fluye la inversión privada. Se crean grandes conglomerados petroquímicos, fundidoras, astilleros, plantas hidroeléctricas. Es el llamado *boom* Jimmu, que llega a su fin por problemas de balanza de pagos, "cuellos de botella" en ferrocarriles, electricidad y acero, y aumentos en los precios al mayoreo. Pero en este periodo Japón se convierte en una sociedad de consumo de masas. Siguen al *boom* el estancamiento y el cambio político. El nuevo gobierno intenta un nuevo proyecto: el plan para doblar el ingreso, que difiere de otros por su nuevo énfasis en el papel del Estado, encargado de impulsar el desarrollo social, la educación y el gasto en investigación científica y tecnológica. Por otro lado, la importancia creciente de la economía japonesa hace que los occidentales presionen a los japoneses para que abran su mercado. Después de cierto regateo interno y externo, Japón inicia una política de liberalización gradual que permite aumentar la eficiencia, con el resultado de mayor competitividad. Las nuevas políticas económi-

cas y el impacto psicológico de las olimpiadas de 1964 (celebradas en Tokyo) llevan al *boom* Iwato, caracterizado por un crecimiento espectacular de la construcción (estimulado por las olimpiadas) y la infraestructura. Los salarios crecen, aumenta el volumen de bienes de consumo y bajan los precios. La gran expansión permite, por primera vez, el pleno empleo. El aumento en los salarios favorece la búsqueda de métodos de producción más eficientes. Sigue un nuevo periodo de estancamiento económico con deterioro en la balanza de pagos. Se discuten alternativas de política económica: la vieja fórmula monetaria parece no dar resultado. La solución está en políticas de expansión e impulso a la exportación.

La importancia cada vez mayor de la economía de Japón y su ingreso a la OCDE, en 1965, permite a los gobiernos occidentales exigir mayor liberalización, ahora en lo que se refiere a capitales. Japón no permitía la inversión extranjera, pero bajo la presión externa concede libertad completa a los extranjeros para invertir en industrias típicamente japonesas (como la del sake), poco interesantes para éstos. En el resto de las industrias se permite sólo 49% de capital extranjero. En ciertas industrias clave, como automóviles y computadoras, el MITI logra, en 1965, posponer la liberalización. A pesar del reto del exterior, Japón inicia el *boom* Izanagi, que se prolonga hasta principios de los setenta y vuelve a Japón la potencia económica número dos del mundo no comunista. El gran crecimiento de 1965 a 1970 es posible por la expansión de la economía mundial y por las etapas de crecimiento anteriores, que permitieron crear una economía relativamente equilibrada. Las nuevas industrias permiten un crecimiento constante de las exportaciones; por primera vez en la historia de la posguerra, el déficit de la balanza de pagos deja de ser problema. Para 1970 Japón es el mayor exportador de televisores, barcos y camiones. Para 1974 es ya el principal exportador de autos.

La economía de pleno empleo permite mayores salarios: no sólo hay crecimiento económico, sino que se reparten sus beneficios. Japón es ya una sociedad de alto consumo y nivel de educación, con un sistema sólido de seguridad social. Empero, hacia 1970 se hace evidente el gran deterioro ecológico que ha provocado el crecimiento industrial. La contaminación se vuelve tema central del debate público, y se controla, a un alto costo, en unos cuantos años. El superávit en el sector externo crea problemas, principalmente con los socios comerciales de Japón, quienes le acusan de no asumir las responsabilidades que le corresponden, y le reprochan su proteccionismo y su competencia desleal. El déficit continuo de la balanza comercial de Estados Unidos y la política de expansión de Nixon llevan a la crisis financiera de 1971, que repercute en Japón durante algunos meses, pero no le impide seguir exportando. Los efectos más severos de la revaluación del yen se manifiestan en inflación. Con miras a resolver los problemas económicos se lanza el plan para la reconstrucción del archipiélago japonés, que logra estimular la economía pero termina en fracaso estrepitoso con el primer *shock* petrolero.

La crisis del petróleo de 1973 tiene graves consecuencias en Japón. De inmediato produce pánico y caos. La economía japonesa, dependiente en ex-

tremo del petróleo importado, se desquicia totalmente. Pero en el mediano plazo, Japón reacciona con mucha más eficacia que los demás países capitalistas. Después de un año de estancamiento y déficit externo, Japón vuelve a crecer, ya no al ritmo anterior pero más que otras economías. La clave de este éxito fue aumentar la eficacia en el uso del petróleo y reorganizar la planta industrial. Los japoneses se concentran en industrias muy especializadas, como computadoras, video, etc. La reorganización económica y diversas medidas para una mayor autonomía en el sector energético, como aumentar los inventarios de petróleo de 50 a 100 días, permiten asimilar el segundo *shock* petrolero. Queda, sin embargo, una secuela de déficit fiscales que podrían limitar el crecimiento en el futuro.

La economía japonesa ha experimentado una de las mayores transformaciones de la historia en un periodo corto. ¿Cuáles fueron las principales causas del milagro? Desde el punto de vista estrictamente económico, cabe señalar el alto nivel de ahorro de la sociedad japonesa, que mediante un sistema financiero ágil se ha traducido en el impresionante crecimiento de la inversión en bienes de capital. Otro elemento importante es la peculiar relación obrero-patronal, que permite mayor eficiencia y disminuye conflictos. Un último elemento es el medio externo favorable. Pero la situación internacional ha ido cambiando, y, para evitar conflictos con sus socios comerciales, Japón deberá asumir un papel internacional acorde con su fuerza económica, y dejar a un lado el proteccionismo, formal e informal.

CARLOS ELIZONDO MAYER-SERRA